

B 14247  
M 6  
V. 4

BIBLIOTECA PUBLICA

1861

# COLECCION DE SERMONES

PARRÓQUIOS, DOMINICOS, MONJES  
Y PLÁTICAS PARA TODOS LOS DOMINGOS DEL AÑO  
Y PARA LA SANTA CUARESMA

por

D. BENITO MORENO GONZALEZ

PROFESOR DE LA ESCUELA DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA Y DE LA ESCUELA DE LA REAL ACADEMIA DE LAS CIENCIAS Y LETRAS DE MADRID

Es propiedad del Autor y Editor.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

TOMO IV.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
MADRID

MADRID

IMPRESA DE LAS BELLEAS, EDITOR DE LAS OBRAS DE D. BENITO MORENO GONZALEZ  
Calle del Sacramento, núm. 10

1861

135912

DISCURSOS CUARESMALES

SERMONES

## SECCION SEGUNDA.

DISCURSOS CUARESMALES.

Monarcas de la tierra que des leyes a las naciones  
nos y los aplaudidos y respetados de las gentes  
y a quienes tal vez la grandeza de su poder  
de que os hallais rodeados os hace olvidar que  
vos origin y el de que os espera honrar de la  
sociedad, grandes del mundo que os miran por la  
fortuna y creyendo que vuestro poder es de un  
eterna, mas los dias de vuestra vida en la tierra  
son pocos y el tiempo que os queda para vivir  
es muy corto y el que os queda para morir es muy largo

135912



la inconstancia de las cosas del mundo ha privado de los bienes que antes poseiais; guerreros ilustres de quienes mañana se ocupará la historia, refiriendo los laureles que adornan vuestras frentes y que adquiristeis en cien batallas; mujeres del gran mundo, que olvidadas de la piedad que es inherente á vuestro sexo, vivís engreidas en vanidad, os adornais con un lujo escandaloso, que no puede menos de insultar á la pobreza; ministros del Altísimo, destinados por vuestro estado á dirigir al mundo por la senda que conduce al cielo; hombres y mujeres, ricos y pobres, grandes y pequeños; personas de toda edad, sexo y condiciones, ¿habeis presenciado la ceremonia que se acaba de efectuar ante ese altar santo? ¿Habeis escuchado con atencion las palabras que os ha dirigido la Iglesia, nuestra mejor madre y nuestra mas sincera amiga? Pues ella ha dirigido su voz á cada uno de nosotros, y al abrir la santa Cuaresma, al dar principio á estos dias de salud y tiempo aceptable, nos acaba de decir: sujetad vuestras pasiones; no pequeis; no os dejeis alucinar por los encantos y atractivos del mundo seductor, y acordaos que sois polvo y que en polvo os habeis de convertir. *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*

¡La muerte!... ¡ah! que ella es la que pone término á todas las cosas del mundo; ella entra á recoger víctimas, lo mismo bajo la dorada techumbre de los palacios de los reyes, que en la mísera cabaña del pastor; y ora se presenta pausadamente arrebatando al hombre despues de una larga y penosa enfermedad; ora de improviso ejerce su fatal destino en medio de un banquete, entre la confusion de las gentes, en el lugar santificado por la reli-

gion, ó allí donde reunidas algunas personas se llevan á cabo criminales proyectos. ¡Qué es esto, Dios de mi corazon! ¿No habrá en la tierra lugar alguno donde el hombre pueda librarse de tal tributo? ¿No habrá?... ¡Pero qué digo! Solo Vos sois eterno: todo lo demás tiene fin; lo que tiene vida ha de perderla; cumplirse ha la sentencia del Paraiso. Empero no nos quejemos, al ver que hasta vuestro Santísimo Hijo que tomó nuestra carne murió.

Yo no puedo menos, hermanos míos, de bendecir continuamente á nuestro Dios y alabar sus misericordias, al comprender que en la Iglesia nos ha dado una Madre tan caritativa y tan solícita por nuestra salvacion: ella mira con dolor el extravío de muchos de sus hijos, que durmiendo tranquilos entre las ruinas de la culpa, pueden despertar en el infierno: vé á esa juventud impregnada en las teorías de un filosofismo material, que corre presurosa por el ameno jardin de los placeres, empero cubiertós sus ojos con tupido velo que les impide ver el precipicio que existe en medio de las flores, y en el que vendrán á dar por necesidad: bien así como la incauta mariposa que revoloteando tranquilamente alrededor de la luz, viene á perder su vida entre la llama. Vé una corrupcion general debida á las funestas predicaciones de los apóstoles de la impiedad. Por eso nos congrega con cariño en este dia, é imponiendo la ceniza en nuestras cabezas, nos hace un lúgubre recuerdo de la nada de nuestra existencia, y con las palabras que nos dirige por boca de los sacerdotes, nos hace entrar en el conocimiento de lo breve de una vida que pasa como la sombra, que puede concluir con la velocidad que una luz, que muer-

re al mas débil soplo. No es necesario por cierto probar una verdad que la esperiencia de cada dia nos demuestra con la mayor evidencia. ¿Dónde están nuestros ascendientes? ¿Dónde la generacion productora de la presente? ¡Ah! que en vano la buscaremos. ¡Duerme en el terrible sueño de la eternidad!.... Y hubo en los tiempos que pasaron olvido de Dios como al presente; y hubo quien se abriera un camino de sangre para llegar al colmo de su ambicion; y hubo ódios, y hubo enemistad, y hubo adulterios, y no dejaron de efectuarse crímenes, sacrilegios, toda clase de pecados; y la tierra recibió y quitó la forma á los cuerpos del bueno y del malo, del justo y del pecador, porque polvo es el hombre y en polvo se ha de convertir. *Pulvis es, et in pulverem reverteris.*

Para hacernos entrar dentro de nosotros mismos, y animarnos á vivir en justicia y hacer penitencia por nuestros pecados; para que concluyamos nuestra vida con una muerte cristiana, que sea el principio de una felicidad eterna, nos avisa en este dia la Iglesia. Su deseo es que nos apartemos de una vez de las delicias del mundo, y que suspiremos por los goces del cielo. Arreglándome yo al pensamiento de la Iglesia y en conformidad con la doctrina que nos da en este dia, voy á demostraros que *el pensamiento de la muerte es utilísimo y de felices resultados para obrar nuestra conversion.* Materia es de suyo interesante, y que reclama toda vuestra atencion. ¡Plegue á Dios daros docilidad para que os aprovecheis de la saludable doctrina con que mediante sus auxilios me propongo alimentar vuestras almas durante esta santa Cuaresma! ¡Ojalá que ella sea suficiente á neutralizar, al menos entre vosotros, el mal efecto de las

perversas doctrinas que viene esparciendo la incredulidad!

Dios omnipotente: el Evangelio es santo; es vuestra misma palabra y predicado al mundo por los apóstoles y por los demas ministros vuestros ha sido el regenerador de las sociedades. Al eco de esa palabra santa cayeron por tierra los ídolos que adoraron los hombres, y la cruz se enseñoreó sobre el Capitolio: el sonido encantador de la trompeta evangélica, atrajo á Vos y atrae continuamente millares de adoradores. Si pues os habeis dignado escoger á este miserable pecador, para dispensador de vuestra palabra, comunicadme las luces necesarias y no atended, Señor, á la debilidad y miseria de este vuestro ministro, sino á la utilidad de esta parte de vuestros hijos, cuyas almas os son tan caras, y ya que fué tan extraordinaria vuestra caridad, que os hizo verter vuestra preciosísima sangre por salvarnos, dadme la uncion necesaria para persuadir y mover los corazones de mis oyentes, haciéndoles conocer los medios seguros de aprovecharse de vuestros tormentos é ignominiosa muerte. Esta gracia, os suplico, por la mediacion de la Santísima Virgen, á quien saludamos con el ángel. *Ave Maria.*

#### REFLEXION UNICA:

Para el hombre impío que nada ve mas allá del sepulcro; para el que el Evangelio es una quimera, y no haciendo uso de su razon, vive como las bestias que carecen de entendimiento, la muerte tiene un aspecto muy diferente en verdad, del que presenta á los ojos del cristiano. No desconoce el incrédulo que

es polvo y que se ha de convertir en polvo, pero juzga que todo acaba con la muerte, no parando mientes en la inmortalidad del alma ni en la vida futura. La muerte para ellos no es un objeto de terror, y de aquí es que miserablemente cobardes y no atreviéndose á sufrir las adversidades de la vida, miran el fin de ella como remedio de todos los males. De este lamentable y funesto error proceden esos suicidios que cada día se repiten, y esos duelos que se llevan á cabo con menoscabo de la ley de Dios, y escándalo y mal ejemplo de la sociedad.

Nosotros por la misericordia de Dios no hemos caído en los errores de los materialistas: conocemos que tenemos un alma y creemos su inmortalidad: sabemos que hemos de morir, pero no ignoramos que tras la muerte hay un juicio (1): estamos ciertos que la tierra recibirá nuestros cuerpos, pero que el sepulcro no encerrará nuestras almas: sabemos que hemos de dejar esta vida transitoria, pero creemos que será para empezar otra vida que no tendrá fin. Por eso no miramos la muerte con indiferencia, y nos hace temblar su solo recuerdo, en la consideracion de que si bien ella puede ser el principio de nuestra perdurable felicidad, puede ser fácilmente la entrada á nuestra perdicion eterna.

Todo esto conocen bien los hijos de la Iglesia de Jesucristo: estan convencidos que son breves los dias del hombre, como dice Job (2). Pero la desgracia es que entregados la mayor parte á los negocios del mundo, viven sin pensar en tan importantes verda-

(1) Statutum est hominibus semel mori, post hoc autem judicium Ad. Heb. c. IX v. 27.

(2) Breves dies hominis sunt. Job. cap. XIV. v. 5.

des, y las inclinaciones de la corrompida naturaleza, les hace entregarse á los placeres mundanos, beber la copa de los deleites, y vivir tranquilos olvidados de sus deberes. La conciencia es un avisador continuo, que mal que pese al hombre le dá en rostro con sus extravíos. Cansado el pecador de sus locuras, se retira al descanso para entregarse de nuevo al día siguiente á sus vicios y desórdenes: la conciencia le remuerde y le pone ante sus ojos la muerte: pero el insensato responde: soy jóven, tengo salud, poseo bienes de fortuna. ¿Qué he de hacer? ¿Me retiraré de los placeres? ¿Abandonaré el juego, el baile, y mis reuniones? ¿Deberé entregarme á una vida de recogimiento? ¿Pero qué dirá el mundo! Seguramente se burlará de mí, y mis amigos me llenarán de improperios do quiera que me vean. ¡Ah! Lugar tengo de convertirme en adelante: mi Dios, es un Dios de misericordia y me oirá en cualquier tiempo que le llame: dejemos las prácticas piadosas para la vejez, y gocemos en la juventud de los placeres mundanos. ¡Ah, pobres insensatos! ¿Os decidís á dejar vuestra conversion para cuando llegueis á la vejez!... ¿Sabeis por ventura, si á ella llegareis? ¿No veis que la muerte arrebatada cada día lo mismo al tierno parvulito que al decrepito anciano? ¿Cuántos de vuestra misma edad no fueron al sepulcro? Os fiáis de vuestra salud y robustez ¿pero que es necesario para dejar de existir? ¿Acaso una larga enfermedad que os dé tiempo suficiente para arrepentiros? ¡Miserable condicion de la humana naturaleza! Un poco de aire, una caída, un golpe imprevisto, una mano alevosa puede cortar instantáneamente el hilo de vuestra vida. ¿Y qué será de vosotros si así sois sorprendidos por la muerte, y

os hallais en pecado? Una perdicion eterna será el triste, pero ya el irremediable efecto de vuestra necia confianza. Yo quiero suponer que sois llamados al sepulcro por los trámites mas comunes de una enfermedad: siempre en ella tendreis esperanzas de vida, siempre querreis esperar á ver si os empeorais para prepararos á morir, y dado caso que no quedeis privados del uso de vuestros sentidos antes de vuestra decision, ¡qué momento para prepararse á morir, aquel en que con un pié se está tocando el borde del fatal sarcófago!... Penetrará en vuestra morada el ministro del Santuario, y cumpliendo su deber os hará conocer que estais al fin de vuestra existencia: palabras de consuelo penetrarán hasta el fondo de vuestros corazones; sobre vosotros se derramará el bálsamo de la religion, pero el necesario aviso de vuestra próxima muerte, turbará vuestros sentidos. ¿Y podreis acordaros en aquel momento de todas vuestras culpas para hacer una buena confesion? ¿No agitará vuestro espíritu el recuerdo de aquellas reuniones pecaminosas donde acudiais con frecuencia? ¿Aquellos placeres en que pasásteis lo mejor y mas florido de vuestros dias? Las lágrimas correrán por vuestras mejillas; pero tal vez no será por el recuerdo de vuestros pecados, sino de vuestros goces mundanos que sentís dejar... Pero yo quiero, mis hermanos, suponer que la muerte no os arrebate en vuestra juventud, que llegueis á la ancianidad. ¿Y creéis que entonces se llevará á cabo vuestra conversion? ¿Creéis que mudareis de conducta? No es esto lo mas comun. Bien avenidos con los desórdenes de vuestra vida, y prorogando de dia en dia vuestra conversion, el corazon se os habrá endurecido y la indiferencia en que

habreis vivido tendrá por castigo la impenitencia final, que os conducirá á las lóbregas mansiones de los réprobos, y el mundo que os adulaba y aplaudia vuestros escesos, os olvidará prontamente dándoos así el pago á los servicios que le habeis prestado.

¿Cuál es, mis hermanos, la causa que produce tan funestos efectos? No es otra que olvido de la muerte. Por eso hoy la Iglesia que os la recuerda, haciéndoos ver que la muerte es el fin de los placeres, de las galas, de los vicios, el fin de todo, haced penitencia, os dice: mirad que es ilusion cuanto el mundo os ofrece y que solo permanece la virtud: no te engrias hombre, con las riquezas, con los honores, con la elevacion de tu nacimiento, por que eres polvo y en polvo te has de convertir. *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* Sí, polvo somos todas las criaturas, y esto me hace recordar una reflexion de un santo Padre, que repetiré, pues que ella es un antemural á la soberbia y vanidad del mundo. Hablo, mis hermanos, de un San Bernardo, que dirigiéndose al sumo pontífice Eugenio III le dice: «Tú eres el gran sacerdote, pontífice sumo y príncipe de los obispos. En tí »veo un Melchisedech en el orden, un Aaron en la »dignidad, y en la autoridad un Moisés, en la ju- »dicatura un Samuel, un Pedro en la potestad, en la »uncion un Cristo: tú tienes las llaves de la univer- »sal Iglesia, y todos sus rebaños te obedecen. ¿Qué »mas puedes desear? Pues tú eres nada: dá un soplo »á esos velos que te cubren, á esas plumas que te »adornan, á esos resplandores de gloria que te rodean. ¡Ah! Acuérdate que eres polvo y que en polvo te has de convertir. *Memento, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*» Sí, mis hermanos; polvo son los pontífices, pol-